

Envidia/solidaridad.

Política interna

Alvaro Enrigue

Mientras vaciaba el cómodo en el inodoro de la habitación, Marcel pensó que hubiera preferido ser la convaleciente sin nombre ni cara que yacía en la cama. Jaló la cadena, se lavó las manos y lo devolvió a la mesa ubicada al alcance de la mano de la señora. El golpe del sol matutino en el cromo del instrumento lo hizo sentir desnudo y ridículo, o todavía más ridículo y desnudo de lo que se había sentido desde que, entrando al hospital, recibió como una patada en los huevos las miradas conspicuas de los conductores de ambulancias, las recepcionistas, los compañeros y compañeras de enfermería. Los hospitales públicos se parecen más a los barcos, las cárceles o los monasterios que a otro tipo de centros de trabajo: la convivencia es estrecha, promiscua, y huele a agua podrida y flores muertas. El de Ameins, a pesar del aura olímpica que lo cobija como centro de investigación de punta en asuntos de cirugía reconstructiva, no es distinto.

La noche anterior, Marcel había bebido mucho más de lo que debía durante el brindis improvisado con que celebraron el trasplante histórico que había hecho el equipo. Judith y Margot, sus compañeras, parecían empujadas en emborracharlo. Ya blando por el alcohol, el enfermero había terminado cediendo al empuje del jefe de anestesiología en el asiento derecho de su coche y en el estacionamiento mismo del hospital. El capitán de los anestesiólogos era el tipo de hombre que pedía a gritos no meterse con él: pelo mate pintado y alzado en un ralo copete a lo Elvis, uñas manicuradas, una cadena gruesa de oro sobre el pecho demasiado peludo, camisas de seda estampadas.

Marcel miró largamente a la mujer de la cama antes de sacudirle con suavidad el hombro para avisarle que iba a tomar sus signos vitales. No sabía si estaba dormida o nada más pasmada ante la idea de que la mañana anterior había pasado a la historia como la primera persona a quien se había practicado un trasplante facial completo: todo lo que había entre sus

ojos y el cuello era prestado. Meses antes, un perro le había arrancado media cara, desfigurándola hasta el extremo de que, una vez curada, no podía ni hablar ni comer. Hacía 24 horas los médicos habían levantado de su calavera lo que hasta entonces había sido ella y le habían puesto la identidad de una donadora de órganos con insuficiencia cardíaca terminal. El enfermero le pasó la mirada por encima y soltó un suspiro alimentado mitad por los celos y mitad por el resentimiento cuando la vio agitarse levemente: estaba despierta, viva con su cara nueva.

El jefe de anestesiología, como todos los médicos con rango y sin gloria, había llegado a su puesto apoyando su profesionalismo promedio con las palancas de la intimidación y la miseria: era gente del sindicato, se había acostado con la directora administrativa durante el proceso de selección de candidatos, se decía que había mandado golpear al joven de un hospital de Reims que había competido por su puesto. En una ocasión, cuando todavía era un especialista común, tuvo un célebre pleito con la jefa de enfermería y había dispersado tal cantidad de rumores sobre ella que la mujer terminó padeciendo una auditoría.

Imposible saber qué pensaba la señora, con toda la cara cubierta de vendas como estaba. Le voy a tomar los signos vitales, dijo Marcel con suavidad. Una sacudida de la mano pareció representar con bastante claridad que procedería. “¿Cómo se siente?”, preguntó mientras desenredaba el estetoscopio. La señora giró la mano abierta de un lado al otro: más o menos. Procedió a escuchar su pulso y lo encontró en orden. Si a él le hubieran hecho la misma prueba, hubiera reventado los índices y lo hubieran mandado a cardiología. Sentía la cara abarrotada de sangre por el coraje consigo mismo. La abundancia de chistes sobre coprofagia que escuchó en el vestidor señalaban que ya todos sabían que había terminado dándose la vuelta para terminar de complacer al viejo. Se talló los ojos, volvió a suspirar y preguntó: “¿Qué le duele?” El dedo índice de la señora señaló la cara, luego hizo un gesto que abarcó a todo el cuerpo. Es la anestesia, dijo, la va a ir eliminando poco a poco; la cara va tardar, voy a pedir autorización para que le administren más analgésico. La mujer juntó la manos, como haciendo una plegaria.

La jefa de enfermería nunca le perdonó al anestesiólogo la sarta de difamaciones que culminaron en la auditoría, de la que salió airosa. El hecho de que además lo hubieran ascendido al poco tiempo con un salario que era el triple del suyo se le trabó entre el hígado y los riñones: ella seguía manejando su Renault familiar y él apareció un día con un coche deportivo; ella se iba de vacaciones cuando mucho a España y él a Cancún; le habían dado

secretaria. Bastaba que alguien lo mentara por nombre en su presencia para que apretara los puños, deformara la cara excesivamente maquillada y sacudiera en un tremor de rabia las canas pintadas de amarillo.

El enfermero le midió a la señora la presión sanguínea, cada apretón de la válvula un desfogue minúsculo de ira: se moría de vergüenza con sólo pensar que en unos minutos más iba a tener que navegar de nuevo los pasillos con su estela de risitas. "Pues yo la veo muy bien", dijo al terminar con la rutina. La mano de la señora señaló moviendo el índice que no. Luego cerró el puño enérgicamente. "Seguro duele", respondió Marcel, pero no se imagina lo que daría por estar en su lugar: tener capullo, carecer de nombre, salir en una semana al mundo con una cara nueva.

Mientras acomodaba los instrumentos en el carrito, el enfermero terminó de asumir que iba a tener que renunciar esa misma mañana: qué iba a hacer cuando fatalmente se cruzara con el jefe de anestesiología en un pasillo. Felicitó a la señora con un apretón en la mano antes de despedirse.

Caminó por el pasillo pegado a la pared, la sangre golpeándole en las sienes. Guardó los instrumentos sin saludar a las compañeras y se siguió de frente hasta la central de enfermería. Ni siquiera tocó la puerta de la jefa del departamento. Abrió de golpe y ella lo miró con sorpresa durante un instante, luego dijo, extendiendo mucho los brazos y con un gritito de júbilo inopinado: "Marcel" Se levantó de su escritorio con una sonrisa casi de payaso por el exceso de bilé, sacudió la greña amarilla y le dio un abrazo. Lo tomó por los hombros y añadió: "Déjame decirte que tienes las mejores compañeras del mundo; Margot y Judith interceptaron anoche al cerdo de anestesiología en la salida del estacionamiento y se lo llevaron a casa de una de ellas a seguir la fiesta, a sabiendas de que hoy tenía cirugía temprano. El hijo de puta estaba tan crecido por su éxito con un galán joven como tú, que estuvo bebiendo hasta la mañana, cuando lo trajeron directo al hospital; las compañeras del turno de la noche ya tenían a los inspectores esperándolo".

Lo abrazó de nuevo, lo miró con coquetería y le apretó los cachetes. "Gracias, guapo", dijo ●